

una nueva teoría, un rompecabezas del que existen las piezas y que "es necesario empezar a resolver" (Faría, p. 57).

Al analizar la dinámica demográfica desde una perspectiva totalizadora e integrada, las soluciones simplistas de la década pasada han sido puestas en tela de juicio. En ese momento se pensó que reduciendo la fecundidad se podrían alcanzar niveles de inversión más altos, acelerando así los procesos de desarrollo económico, los que redundarían a su vez en niveles de vida más altos para la totalidad de la población. Surgieron entonces programas de planificación familiar con el objetivo manifiesto de mejorar los niveles de salud de mujeres y niños. Estos programas —cuyas evaluaciones son aún insuficientes e incompletas— si bien han logrado abatir las tasas de fecundidad en algunos países, no han mejorado las condiciones de vida de la mayoría de la población de los mismos (Quilodrán, p. 306 y ss.).

¿Cuáles son las alternativas a la problemática poblacional latinoamericana? ¿Control del crecimiento poblacional y del desarrollo económico? ¿Aumento de la productividad del trabajo? ¿Desconcentración del ingreso? ¿Ruptura del modelo de desarrollo seguido hasta el presente? ¿Ruptura del modelo de concentración del poder?

La última palabra no se ha dicho aún en materia de población en América Latina. El debate sigue abierto y con él nuevas perspectivas de investigación, algunas de las cuales se mencionan al pasar en el libro: la condición de la mujer, los estudios sobre familia, la reconstrucción de los procesos demográficos del pasado, etcétera.

Población y desarrollo en América

Latina ofrece un material de primera calidad tanto por la información que presenta como por lo que sugiere.

M. Teresita de Barbieri

Marcel Liebman, *La conquista del poder* (El leninismo bajo Lenin, I), Grijalbo, col. Teoría y Praxis, núm. 43, México, 1978.

Las posiciones políticas de algunos partidos comunistas europeos que participan en la corriente que se ha dado en llamar "eurocomunismo" han generado el surgimiento de apasionadas polémicas en las que paulatinamente se ha intentado rescatar el pensamiento y la praxis política leninista, diferenciándola de la versión oficial que de ella ha hecho la URSS.

El trabajo de Marcel Liebman participa dentro de tal polémica. Dedicado el primer tomo de los dos que anuncia, a estudiar con seriedad y afán analítico los orígenes del bolchevismo hasta la revolución de octubre de 1917, período durante el cual Lenin forja sus concepciones y las cristaliza en el tipo de organización revolucionaria que disputó el poder a Kerensky, así como en la estrategia política que hizo posible la llegada de los bolcheviques al poder. Por tal razón, tenemos que a lo largo del trabajo el autor se centra en dilucidar las fases sucesivas y los diversos planteamientos con los que Lenin construyó el partido, los problemas y las confrontaciones políticas que lo obstaculizaban y la dinámica política que experimentó la vieja Rusia zarista desde las jornadas revolucionarias de 1905 hasta la caída de la autocracia y el arribo de los bolcheviques al poder. En esta medida, el trabajo en cuestión constituye tam-

bién un pormenorizado estudio de la Revolución rusa.

Para el estudio ordenado del pensamiento político de un personaje capaz de suscitar tantas polémicas, el autor parte de una premisa que norma el conjunto del trabajo y le permite entender y explicar las distintas facetas por las que atravesó el pensamiento del teórico bolchevique. Desde las primeras páginas Liebman escribe: "Un análisis del leninismo debe ser una historia del leninismo en su evolución viva y una historia del leninismo no puede separarse de la historia de la Revolución rusa" (p. 13).

El trabajo focaliza su atención en varios temas en concreto: el partido y su organización, la relación entre bolcheviques y mencheviques y, por último, la estrategia revolucionaria que llevó al partido de Lenin al poder.

El primer punto de atención, el partido, constituye una preocupación que se encuentra a lo largo del trabajo, en virtud de que para Liebman fue una de las principales aportaciones del dirigente bolchevique; por tal situación, el libro nos proporciona una minuciosa reconstrucción de las concepciones partidistas de Lenin y las modificaciones que fue introduciendo hasta 1917. A semejanza del teórico francés Charles Bettelheim^(*), Liebman también parte de la tesis de no confundir al leninismo y sus concepciones partidarias con el tipo de organización que constituyeron los bolcheviques (p. 19). Tal advertencia es importante en la medida en que nos abre un canal de interpretación para entender cuál fue la dinámica que sufrió la Unión Soviética bajo el estalinismo, así como para deslindar claramente su versión

de partido con la del leninismo. Con esta premisa, nos situamos en un terreno favorable para recuperar el valor revolucionario del leninismo y para cuestionar aquellas versiones que lo califican de antidemocrático y dictatorial.

El autor distingue cuatro momentos en el desarrollo de la idea de partido. Un primer momento iría de 1895 hasta 1905, fase en la que nace el partido cuyos objetivos "estaban destinados a combatir una autonomía que conducía a la atomización y dejaba las organizaciones locales en manos de aficionados artesanos, convirtiendo los grupos socialistas en presa fácil de la represión policiaca" (p. 22). En el trabajo titulado *¿Qué hacer?* Lenin expone su concepción de partido, la cual triunfa en el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso celebrado en 1903 en Bruselas y Londres, de cuyas sesiones surgió la división entre bolcheviques y mencheviques. Para este período Lenin planteó que el partido debería constituirse con "revolucionarios profesionales" rigurosamente seleccionados y que deberían actuar en la clandestinidad; la organización del partido debería estar regida bajo un estricto centralismo y una rigurosa disciplina. Para Liebman, en suma, la organización del partido se presenta: "como una estructura compleja: de un lado vertical, estrictamente jerarquizada y de partido y, de otro lado, horizontal, formada por una red complementaria que no pertenece al partido, pero que previsiblemente seguirá sus orientaciones" (p. 57). La concepción de partido en esta época y su intenso carácter centralizado, clandestino y selectivo tiene su explicación en el tipo de terreno sociopolítico en el que actuaría, esto es en la autoocracia zarista, la que se distinguía por un funcionamiento estatal enormemente

(*) Charles Bettelheim, *La lucha de clases en la URSS, México, Siglo XXI, 1977.*

coactivo en el que no existían ni los derechos liberales más elementales, como la libre expresión y la libre organización; esta situación llevó a Lenin a forjar, en esta etapa, un partido que no fuera presa de la policía y de los "oportunistas".

Del tipo de organización partidaria propuesto por Lenin parten las diferencias que habrían de mantener los bolcheviques en los mencheviques a lo largo del período revolucionario. Mientras los leninistas insistían en un partido de "profesionales", clandestino y selectivo, los mencheviques, por el contrario, se inclinaban por un partido amplio, con un funcionamiento democrático y que tendiera hacia el trabajo legal.

Liebman trata superficialmente la polémica que se ha dado en torno al problema de la espontaneidad. El autor precisa que Lenin no se pronunció nunca contra el impulso espontáneo de las masas, más bien su posición estaba en negar que el proletariado pudiera adquirir "espontáneamente" la conciencia de clase y su inclinación por el socialismo; de ahí que concluya: "Todas las veces que habla [Lenin] del impulso espontáneo de las masas y se sitúa en el terreno de la acción, lejos de condenar la espontaneidad, propone a la organización revolucionaria que la dirija..." (p. 32). Además, distingue entre la "organización" y el "movimiento", entendiendo por aquélla a los "obreros conscientes", y a éste como la actividad de las masas. Esta distinción será importante porque de ahí Lenin podrá distinguir más adelante entre la actuación del partido en la revolución y el papel estatal y de organización masiva que tendrían los soviets; o sea, la revolución no la hace un puñado de hombres aguerridos sino las masas organizadas en soviets.

Respecto a la idea de partido que Liebman maneja hasta el momento, tenemos algunas observaciones. En primer lugar, considero que el autor no concede su justa importancia al aspecto de la "espontaneidad", cuestión que Lenin resalta en tanto que lo lleva a plantear el papel del partido en el terreno ideológico y organizativo; es decir, para el fundador del bolchevismo la "espontaneidad" se refiere a la capacidad que tiene la clase obrera de responder rebeldeamente a la situación de explotación en la que la tiene sumergida el capital, no obstante que no tenga conciencia de los mecanismos económicos y políticos que la mantienen en tal estado de explotación. Sin embargo, para Lenin el proletariado debería forjar su conciencia de clase y su conciencia socialista para poder erradicar del todo su situación de clase dominada; para lo primero, la clase debe desarrollar su conciencia mediante la lucha política, en donde paulatinamente tomaría conciencia de su propia identidad histórica en la medida en que en la lucha desentraña la identidad de sus enemigos de clase. El segundo aspecto, el de la conciencia socialista, lo refiere Lenin a la necesidad de que el proletariado sea ganado para el proyecto del socialismo, por lo que, en caso de no trabajar en ese terreno, la conciencia de la clase será controlada por la burguesía en tanto clase dispuesta a organizar a la sociedad en función de sus intereses y de difundir su concepción del mundo y de sus hábitos culturales. Por lo tanto, para Lenin el partido cumple un papel relevante en la medida en que debe procurar la organización de la clase y organizar la espontaneidad para la construcción de la conciencia de la clase; igualmente, el partido debe luchar en contra de la

actuación ideológica de la burguesía en la conciencia de la clase obrera, por lo que debe efectuar un trabajo de convencimiento y de persuasión para ganar a las masas a la idea del socialismo.

La segunda observación consiste en que Liebman no diferencia el partido de su organización, más bien en todo momento confunde esa cuestión y se refiere constantemente a la organización más que al partido en su conjunto; aclarar esta distinción contenida en los planteamientos leninistas es importante dado que de ello depende una correcta interpretación de la concepción política de partido, su configuración, su objetivo y la adecuación histórica, en términos organizativos, que debe tener en cada formación social. Precisemos: Lenin le asigna al partido las funciones de organizar activamente y dirigir la lucha del proletariado por la revolución socialista, por lo que diferencia claramente dos problemas: el de la organización propia de los revolucionarios y el de la organización de las masas. Esta distinción lo lleva a plantear la actuación de los revolucionarios en las masas para estimular su organización y dirigir la lucha. En segundo término, Lenin concibe al partido no únicamente como la organización de los revolucionarios, sino como la cohesión orgánica de éstos con la "masa"; esta idea está presente en numerosos artículos del teórico bolchevique, además de que esa distinción le permitió entender el papel de los bolcheviques en los soviets que fueron creados al margen de la iniciativa bolchevique.

Retomemos el libro de Liebman. El segundo momento de la evolución de la organización del partido en Lenin se inició en 1905 y se extendió hasta 1907... En esta fase el partido experimentó una política democratizadora que tuvo su origen en los sucesos

revolucionarios de 1905, cuando la autocracia zarista retrocedió ante el auge revolucionario de las masas. La modificación más relevante que se dio en la organización del partido fue la introducción del "centralismo democrático", propuesta que —según Liebman— emanó de los mencheviques, pero fue retomada por Lenin, quien le dio su acabado final. El "centralismo democrático" introdujo una serie de modificaciones importantes en la organización: elección de los dirigentes en todos los niveles, lo que se tradujo en una merma de los poderes del Comité Central; el referéndum para las decisiones nodales del partido; derecho a la libre expresión de los miembros de la organización siempre que no atentara contra la unidad del partido, y contra la unidad de acción; libertad de crítica y, por último, derecho a la existencia y a la libertad de expresión de las minorías en la organización. Sin embargo, Lenin fue cauto en las medidas democratizadoras, por lo que siempre mantuvo la idea de conservar el aparato clandestino del partido; esta providencia la adoptó Lenin en virtud de que era consciente de que el auge revolucionario podría declinar por la falta de experiencia revolucionaria de las masas rusas, lo que necesariamente obligaba a pensar en una posible restauración de la autocracia. Lenin no deseaba exponer la organización del partido en caso de un restablecimiento de la reacción.

El tercer período de los planteamientos de Lenin sobre el partido va de 1907 a 1912, fase en que se instaura nuevamente la autocracia zarista en toda su plenitud, por lo que las reformas liberales fueron cortadas de tajo y se desencadenó una feroz persecución contra las organizaciones de izquierda; los bolchevi-

ques resintieron la nueva situación, al grado de paralizar casi completamente su actividad revolucionaria, puesto que sus principales dirigentes estaban en la cárcel o en el exilio. Fue en este período cuando se desarrollaron los rasgos de intolerancia y sectarismo en el partido, por lo que el autor comenta: "el fracaso de la revolución de 1905, en cuanto se hizo evidente, provocó por el mismo tipo de causalidad un fenómeno contrario: la degeneración del partido que acababa de nacer y su sustitución por una organización sectaria, de rasgos duros y forzados que iban del dogmatismo al monolitismo y del autoritarismo al repliegue en sí misma" (p. 76).

Este período se prolonga hasta principios de 1917, fase en la que el partido empieza nuevamente a adquirir su flexibilidad y combatividad, gracias al restablecimiento de las luchas obreras que se presencian en la Rusia zarista. Sin embargo, no obstante la influencia que recibió el partido por la actividad de las masas, no modificó en gran medida el tipo de organización partidaria que se había desarrollado en el período comprendido entre 1907 y 1917, de ahí que Liebman concluya que hacia este último año el partido: "se encontraba condicionado por su voluntad de organizar y por su afán de eficacia, marcado por su insistencia en las virtudes de la jerarquía y la disciplina, en la necesidad de centralizar los poderes en el partido y de encuadrar a las masas y a las organizaciones obreras. Mostraba tendencia al monolitismo y una inclinación desmesurada al ataque intransigente a todo lo que se le oponía o a todo lo que sólo pretendía diferenciarse de él. En su manifestación organizativa estaba marcado por la personalidad de su fundador y por la autoridad de

su jefe incontrovertido" (p. 187). Empero, el autor se cuida de expresar que Lenin tuviera cualquier inclinación de guardarse fidelidades personales; su intransigencia operaba en las discusiones políticas y teóricas porque el fundador del bolchevismo creía firmemente en la certeza de sus argumentaciones. Además, en este terreno Liebman aclara detalladamente la relación partido-Lenin, explicando que si bien éste tenía una gran autoridad en la organización, no por ello dejaba de existir un clima intenso de discusión y un funcionamiento estricto de los órganos de decisión del partido; en tal medida, tenemos que Lenin frecuentemente tuvo que luchar, desde una posición minoritaria, en contra del grueso del partido buscando la adopción de su política; tal sucedió desde febrero de 1917 hasta octubre del mismo año, cuando Lenin tuvo que convencer, presionar y obtener que el partido se pronunciara contra el gobierno provisional, plantara la viabilidad de la revolución socialista y se preparara para la toma del poder por la vía insurreccional. En suma, con ello Liebman pretende demostrar que Lenin y el leninismo no permeaba del todo a la organización partidaria, originando la mayoría de las veces que la organización partidaria estuviera por detrás de los pronunciamientos de Vladimir Illich, en lo relativo a la percepción de los acontecimientos y a la política que debía adoptar la organización revolucionaria.

El cuarto y último momento de la evolución del leninismo y el partido —según el autor— se dio a partir de 1917, gracias a la fase de agitación revolucionaria por la que empezó a transitar nuevamente la Rusia zarista en desintegración. La insurgencia violenta de las masas popula-

res, su actuación y determinación de la política rusa y el derrumbe que iniciaron del corroído aparato autocrático, permitieron que los vientos de la democracia inundaran los salones bolcheviques, fragmentando la estructura sectaria y monolítica de los años precedentes. Liebman escribe al respecto: "Las reglas conspirativas no desaparecen del todo, pero cedan en provecho del debate público; el monolitismo que Lenin se esforzó por establecer durante los años que precedieron a la guerra desapareció por completo dando paso a la confrontación de las diversas tendencias, algunas contradictorias en muchos aspectos. El derecho de estas tendencias a existir y a desarrollarse, proclamado teóricamente en 1905-1906, pero negado en la práctica durante los años de reacción, pasa a ser real; las exigencias de disciplina y de 'obediencia absoluta' se debilitan mientras que el entusiasmo y la iniciativa revolucionaria se imponen; al mismo tiempo, el centralismo rígido, corolario de la disciplina y del espíritu jerárquico, se deteriora bajo el efecto de los múltiples impulsos tumultuosos e incontrolables" (p. 270-271). Llegan a ser tales los efectos en el partido que a partir de ese momento se distinguirá por la flexibilidad del pensamiento leninista y por la disciplina que se le había inculcado.

Para concluir, nos referiremos a otros dos puntos que contiene el libro en cuestión: Liebman comenta la definición leninista del Estado, poniendo énfasis en su carácter restringido, dado que reduce el papel del Estado al aspecto de la violencia, por lo que estamos de acuerdo con el autor cuando afirma que tal conceptualización "elimina toda referencia y también toda alusión a una complejidad de funciones y mediaciones que el

Estado ejerce..." (p. 364). El último punto al que haré referencia es la conclusión acerca de que Lenin en todo momento habló de una fase de "transición" al socialismo y no de la construcción de éste y su desarrollo durante la fase revolucionaria que le correspondió vivir. Esta referencia es importante en virtud de que evita caer en el simplismo de considerar el arribo al socialismo como resultado de la sola toma del poder; antes bien, para edificarlo se requiere pasar un penoso período de transición que se hace más doloroso en aquellos países que, como Rusia, poseían un capitalismo débilmente extendido. Además, nos abre un interrogante respecto al fenómeno que efectivamente aconteció en la URSS desde octubre de 1917, para obligarnos a estudiar con espíritu crítico y analítico el fenómeno conocido como estalinismo.

Rafael Loyola Diaz

Problemas del multilingüismo en el Perú, Instituto de Estudios Peruanos, serie Perú-Problemas.

Una de las más grandes polémicas que la lingüística ha ocasionado es la de su objeto de estudio y sus relaciones con otras ciencias. Algunos lingüistas afirman que la lingüística debe concentrarse únicamente en el estudio de la lengua como tal, sin tomar en cuenta el contexto social que rodea al hablante, o bien dedicarse a cuestiones concernientes al origen del lenguaje y a sus transformaciones a través del tiempo, utilizando métodos reconstructivos, etcétera. Hay otros, sin embargo, que preocupados por resolver problemas concretos que aquejan a individuos en